

# Los Contemporáneos



TRIPTÍCO DE AMOR

POR

Anatole France

Ayuntamiento de Madrid

Número extraordinario

10 Cents.

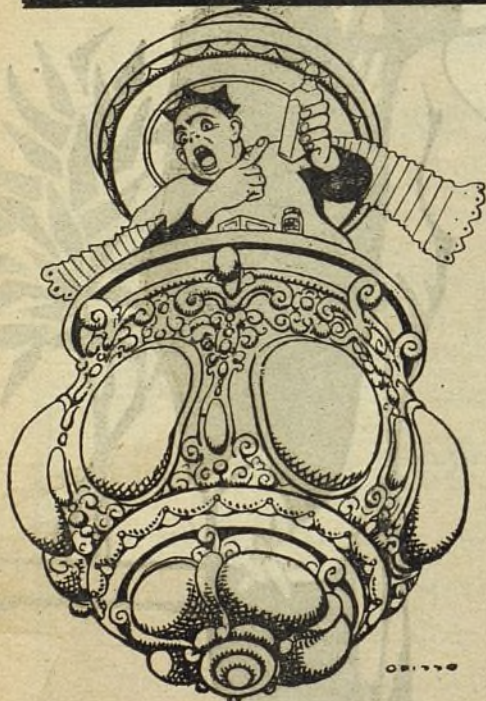




# PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



La otra tarde, en el sermón  
recomendónos el cura  
que usáramos el jabón  
y la crema PECA OURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color  
moreno (siete matices), rosa o blanco,  
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-  
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 petas., según frasco.  
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos  
color moreno (siete matices), rosa blanco,  
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,  
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,  
Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MU-  
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas  
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-  
pera, NINGUNO los iguala en perfume,  
clase ni presentación. Últimas creaciones de  
**CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**



## HIPOFOSFITOS: = SALUD



DA VIDA Y  
VIGOR A  
los DÉBILES



29 AÑOS  
DE ÉXITO  
CRECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta  
se ofrecen similares. Fíjase si con tinta roja en la eti-  
queta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".



DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ DÍAZ

## TRIPTICO DE AMOR

I

### LA HIJA DE LILITH

Habiendo tomado el tren en París, al oscurecer, pasé arrinconado y encogido en el vagón una inclemente, silenciosa y helada noche.

Nevaba y tuve que aguardar seis horas interminables en X, porque hasta después de medio día no conseguí encontrar un campesino que pudiese llevarme a Artigues en su carricoche.

La llanura, que forma ligeras ondulaciones a uno y otro lado del camino, y que yo había visto en otra época bañada por un espléndido sol, estaba cubierta de una espesa capa de nieve, sobre la cual se retorcián los troncos negros de las viñas. Mi acompañante arreaba tranquilamente a su viejo caballo, y avanzábamos envueltos en un silencio profundo, a intervalos desgarrado por el angustioso chillido de un pajarraco.

En una tristeza mortal invadía mi corazón esta plegaria: "¡Dios mío, Dios misericordioso! Librame de la desesperación y no permitas que, después de tantos errores, cometa el único pecado que no me perdonarías." Luego vi el sol, rojo y sin irradiaciones de luz, que descendía en el horizonte como una hostia ensangrentada. Me hizo recordar el divino sacrificio del Calvario, y sentí renacer en mi espíritu la esperanza.

Las ruedas del carricoche continuaron durante largo rato aún haciendo crujir la nieve que aplastaban. Al fin mi guía indicóme con el extremo de su látigo el campanario de Artigues, que se alzaba como una sombra entre la bruma rojiza.

—Ya llegamos—dijo el buen hombre; y me preguntó:—¿Se apeará en



el presbiterio? ¿Conoce al señor cura?

—Le conozco desde la infancia. Fué mi maestro, me ha enseñado a leer.

—¿Es un sabio de los que sacan muchas cosas de los libros?

—¡Ya lo creo! El señor Safrac es tan sabio como virtuoso.

—Eso dicen, y otros dicen otra cosa.

—¿Qué dicen, amigo?

—Dicen lo que les parece, y como yo no he de remediar nada, les dejo decir.

—Pero, ¿qué dicen?

—Algunos creen que el señor cura es brujo y adivina lo que ha de suceder.

—¿Qué disparate!

—Yo no digo que sí ni que no; pero si el señor Safrac no es brujo de los que saben todo lo que sucederá, ¿de qué le sirvió leer tanto?

El carricoche se detuvo frente al presbiterio.

Despedime de aquel pobre ignorante y seguí a la criada del cura, la cual me condujo al comedor, donde se hallaba su amo junto a la mesa ya servida. Me pareció que la fisonomía y el aspecto del señor Safrac habían sufrido grandes alteraciones en los tres años que pasaron desde la última vez que le vi. Hallé su cuerpo encorvado, en una delgadez extrema; sus ojos penetrantes brillaban sobre su rostro macilento. Su nariz me pareció más larga y muy caída sobre la boca de labios descoloridos. Caí en sus brazos, y entre sollozos le dije:

—¡Padre mío! He pecado y busco refugio en su virtud y en su sabiduría. ¡Oh, padre mío, viejo maestro cuyo saber profundo y misterioso atemorizó mi espíritu, pero que tranquilizaba mi alma descubriéndome su corazón paternal: aparte a su criatura del abismo que me atrae! ¡Oh, mi único amparo! ¡acójame! ¡Oh, mi única luz! ¡ilumíneme!

Abrazóme sonriente, con aquella bondad exquisita de que tantas veces me dió pruebas en los primeros años

de mi juventud, y retrocediendo, como si midiese la distancia precisa para contemplarme a su gusto:

—¡Eh! ¡Adiós!—me dijo, con las palabras de saludo característico de su país, pues el señor Safrac nació a orillas del Garona entre los vinos ilustres que parecen el emblema de su alma generosa y perfumada.

Después de haber sido profesor de filosofía en los seminarios de Burdeos, Poitiers y París, pidió como recompensa una humilde parroquia en la tierra donde había nacido y donde quisiera morir. Llevaba ya seis años en la iglesia de Artigues, practicando en aquel pueblecito ignorado la más humilde piedad y la ciencia más elevada.

—¡Eh! ¡Adiós, hijo mío!—repetía. —Escribiste, anunciándome tu venida, una carta que me ha conmovido profundamente. ¿De manera que no has olvidado a tu viejo maestro?

Quise arrodillarme a sus pies balbuciendo aún: “¡Acójame! ¡Ilumíname! ¡Sálvame!” Pero me detuvo con un gesto imperativo y cariñoso a la vez diciendo:

—Ary: mañana me dirás lo que tengas que decirme. Ahora, caliéntate y reconfortate. Cenaremos. Debes traer mucho frío y hambre no poca.

La criada colocó sobre la mesa una sopera, de la cual salía una columna de humo bien oliente y grato.

La criada era una vieja cuyos cabellos blancos ocultaba un ceñido pañuelo negro y en cuyo rostro, arrugado y seco, reñían la belleza del tipo y la fealdad de la decrepitud. Hallábame profundamente anonadado, y la paz de aquella santa casa, el alegre chisporroteo de una lumbre de sarmientos, el mantel blanco, el vino en las copas y los platos humeantes segregaron poco a poco mi alma. Mientras comía, casi olvidé que buscaba el amparo del sabio sacerdote para trocar las arideces de mis pecados por el fecundo rocío del arrepentimiento. El señor Safrac me recordó las horas, ya



lejanas, que nos habían reunido en el colegio, donde nos explicaba filosofía.

—Ary—me dijo—, eras el más inte-

querer y te preferí entre todos. Me agrada la intrepidez en un buen cristiano. La fe no debe ser tímida, y menos aún cuando la impiedad nos im-



ligente de mis alumnos. Tu claridad se adelantaba siempre a las demostraciones del maestro. Así te hiciste

pone una audacia indomable. Actualmente la Iglesia católica sólo cuenta con sus corderos y necesita leones;



¿quién nos devolverá los santos padres y los doctores aquellos cuya perspicacia comprendía todas las ciencias? La verdad es como el sol: para encararse con ella es necesario tener ojos de águila.

—¡Ah! señor Safrac, usted abarcó todas las cuestiones con esos ojos perspicaces. Recuerdo que sus juicios más de una vez escandalizaron a los mismos que le veneraban por la pureza de sus costumbres y su mucha piedad. Para usted no hubo nunca novedades peligrosas y las admitía sin temor, inclinándose, por ejemplo, a suponer posible la pluralidad de los mundos habitados.

Sus ojos se animaron.

—¿Qué dirán los tímidos cuando lean mi obra? Bajo este sol espléndido, en esta fecunda tierra que Dios formó con singular delicia, he meditado, he trabajado. Ya sabes que poseo bastante bien el hebreo, el persa, el árabe y varios idiomas de la India. Tampoco ignoras que traje a esta casa una biblioteca muy rica en manuscritos antiguos. Conseguí poseer un profundo conocimiento de las lenguas y las tradiciones del Oriente primitivo. Este arduo trabajo, Dios mediante, no será estéril. He terminado ya mi obra fundamental, que rotulo con una sola palabra: *Órigenes*, en cuyas páginas fortalezcó y apoyo la exégesis sagrada, cuya derrota inminente creyó conseguida ya la ciencia de los impíos. Dios ha dispuesto, Ary, en su infinita misericordia, que la Ciencia y la Fe se reconciliaran al fin por completo, como hermanas que son. Para conseguir este acuerdo absoluto, lo he cimentado así: "Todo lo contenido en la Biblia, inspirada por el Espíritu Santo, es verdad; pero la Biblia no contiene toda la verdad." Y ¿para qué necesitaba contener toda la verdad cuando su objeto único era informarnos de lo indispensable a nuestra bienaventuranza?

"Por esto no toma en consideración

cuanto no se ciñe a su designio maravilloso, y es tan sencillo como gigantesco su plan. Abarca la caída y la redención. Es la historia divina del hombre, completa, sin rebasar nunca sus justos límites. Nada en ella tiende a satisfacer curiosidades profanas. Pero no debemos consentir que la ciencia de los impíos continúe interpretando como ignorancia el silencio de Dios. Ha llegado la hora de gritar: "¡No! ¡La Biblia no ha mentido porque no nos lo haya revelado todo!" Tal es la verdad que yo proclamo.

"Con el auxilio de la Geología, de la Arqueología prehistórica, de las cosmogonías orientales, de los monumentos hititas y sumerios, de las tradiciones caldeas y babilónicas, y de las antiguas leyendas conservadas en el Talmud, afirmo la existencia de los preadamitas, de quienes el inspirado autor del Génesis no habla, por la sencilla razón de que no interesan a la bienaventuranza de los hijos de Adán. Y esto no es todo: el minucioso examen de los primeros capítulos del Génesis me ha demostrado la existencia de dos creaciones sucesivas, apartadas por un tiempo indefinido, no siendo la segunda más que algo así como adaptación de una parte de la tierra a las necesidades de Adán y de su prole."

Detúvose un momento y prosiguió después en voz baja, con una gravedad realmente religiosa:

—Yo, Marcial Safrac, sacerdote indigno, doctor en Teología, sumiso como un hijo obediente a la autoridad de nuestra Santa Madre la Iglesia: afirmo con absoluta independencia (salvo la reserva expresa de la autoridad de nuestro Santo Pontífice y de los Concilios): que Adán, creado a imagen de Dios tuvo dos mujeres, de las cuales Eva fué la segunda.

Aquellas imprevistas palabras me distrajerón poco a poco de mis preocupaciones; me inspiraban singular interés.



Y sentí una decepción, como si me privasen de algo que ya consideraba mío, cuando el señor Safrac, con los codos apoyados sobre la mesa, me dijo:

—Hablemos de otra cosa. Es posible que leas algún día mi obra, que te instruirá más que mis palabras acerca del asunto. Para cumplir con mi deber he sometido mi trabajo a la censura eclesiástica; he solicitado la aprobación de su Eminencia. El manuscrito está en el Arzobispado y espero de un momento a otro una respuesta, que no dudo será favorable. Hijo mío, saborea las setas de nuestros bosques, el vino de nuestra cosecha; y dime si este país no es la segunda tierra de promisión, de la cual sólo fué la primera el anuncio y la profecía.

Desde aquel momento la conversación, más familiar, versó acerca de nuestros recuerdos comunes.

—Sí, hijo mío—me dijo el señor Safrac—, eres mi discípulo predilecto. Dios consiente las preferencias cuando están fundadas en un juicio razonado. Yo advertía en ti condiciones para que llegaras a ser un hombre de provecho y un buen cristiano. Tampoco te faltaban defectos; pero ¿quién no los tiene? Tu carácter desigual, voluble; te apasionabas con facilidad. Ardores no revelados aún dormían en tu alma. Me agradabas por tu mucha ingenuidad; compláceme tu excesiva inquietud, como en otro de mis discípulos cualidades absolutamente contrarias a ésta: en Pablo Eryv me interesó la inquebrantable firmeza de sentimiento y de voluntad.

¡Pablo Eryv! Al oír aquel nombre me ruboricé; tuve que hacer un esfuerzo para reprimirme, para no gritar; y cuando quise decir algo que disimulara mi turbación, no encontré palabras. Afortunadamente, no pareció darse cuenta de todo ello el señor Safrac.

—Si la memoria no me engaña, era

tu mejor amigo—añadió—. Conservaréis todavía buenas amistades, ¿verdad? Esos afectos arraigados en la infancia, perduran. Supe que se dedicó a la carrera diplomática y que se le presentaba un brillante porvenir. Deseo que mejoren los tiempos y que lo envíen de embajador junto a la Santa Sede. ¡Qué noble corazón! Era para ti lo que se llama un verdadero amigo.

—Padre—dije penosamente—, mañana le hablaré de Pablo y de otra persona.

El señor Safrac me oprimió la mano. Nos despedimos, y me retiré a la habitación que me habían destinado. En aquella cama perfumada con espliego, soñé que aún era niño, y arrodillado en la capilla del colegio me divertía en contemplar las mujeres de blanca y espléndida belleza que llenaban la tribuna. De pronto, una voz misteriosa, como producida entre las nubes, resonó sobre mi cabeza y me dijo: "Ary, pretendes amarlas en Dios; pero amas a Dios en ellas."

Al despertarme temprano, vi al señor Safrac de pie a la cabecera de mi cama.

—Ary—me dijo—, levántate para oír la misa que rezaré a tu intención, y cuando haya terminado el Santo sacrificio, estaré dispuesto a escuchar lo que te propones decirme.

La iglesia de Artigues es un pequeño santuario de estilo románico, muy floreciente aún en la Aquitania durante el siglo XII. Al restaurarla, hace veinte años, añadieron un campanario que no figuraba en el proyecto primitivo. Acaso por ser pobre ha conservado la pura desnudez de su arte. Procuré limitar mi atención todo lo posible a las oraciones del celebrante, y luego volví con él al prebisterio. Nos sirvieron el desayuno: un vaso de leche y un poco de pan. Después nos reclinamos en el dormitorio del sacerdote.

Después de acercar una silla a la



chimenea, sobre la cual había un crucifijo, me invitó a sentarme; acomodóse junto a mí en actitud atenta, y mientras a cielo abierto nevaba sin cesar, bajo las tejas y junto a la lumbré desbordé mi corazón.

—Padre mío—dije—hace diez años que, al abandonar sus enseñanzas, me lancé al mundo. No perdí la religión; pero, desgraciadamente, no supe conservar la pureza. Sería inútil y enojoso referirle mi vida; usted, mi consejero espiritual, único director de mi conciencia, ya la conoce. Además, tengo inquietud y deseo de llegar al punto en que la sentí desbaratada y trastornada por completo. Hace un año que mi familia resolvió casarme, y consentí gustoso en ello. La criatura que destinaban a ser mi compañera reunía todas las condiciones que ambicionan generalmente los padres. También era bonita; me gustó de tal modo, que un matrimonio de conveniencia se convertía para mí en un matrimonio de amor. Pedí su mano, se hicieron todos los preparativos de la boda; y pensaba que la ternura, el íntimo goce y la honrada tranquilidad habían arraigado en mi vida para siempre, cuando recibí una carta de mi amigo Pablo Ervy en la que me participaba su regreso a París y manifestaba vivos deseos de verme. Fui a su casa y le anuncié mi próximo enlace. Felicítome cordialmente.

—“Hermano mío—me dijo —: tu dicha me satisface mucho.

Le propuse que asistiese a mi boda como testigo, y aceptó gustoso. La fecha estaba fijada para el 15 de Mayo, y Pablo no tenía precisión de volver a su destino, en la embajada de Constantinopla, hasta primeros de Junio.

—“Ya ves que soy afortunado—le dije—. ¿Y tú?

—“¡Ah! Yo—exclamó con una sonrisa triste y alegre a un tiempo—, yo, amigo mío, no sé lo que me pasa. Estoy loco... Una mujer... ¡Ary: soy

muy feliz o muy desgraciado! ¿Qué nombre le daremos a la felicidad que se adquiere por medios infames? Traicioné, desconsolé a un excelente amigo. Allá, en Constantinopla, le robé la...

El señor Safrac me interrumpió, diciendo:

—Hijo mío: suprime del relato las faltas ajenas, y suprime los nombres de personas al acusar tus propias faltas.

Hice promesa de agradecerle, y proseguí:

—Cuando acababa Pablo de hacerme su confesión, una mujer entró en el aposento. Indudablemente no podía ser otra. La cubría una bata de color azul; su traje y sus maneras me convencieron de que era de la casa. Con una sola palabra describí la terrible impresión que me produjo; no me pareció un ser *natural*. Comprendo lo vago de la palabra y que no es bastante para condensar mi pensamiento; pero al pronto no se me ocurre otra que mejor lo exprese, y el desarrollo de mi relato acabará por hacerla oportuna y comprensible. Aquella mujer, en la expresión de sus ojos dorados que relampagueaban, en la cisura de su boca enigmática, en la transparencia de su carne, a la vez morena y blanca, en la trabazón de sus líneas chocantes y armoniosas a un tiempo, en el ritmo de un andar ligero, y hasta en sus brazos desnudos, que parecían sustentar unas alas invisibles, en todo su ser ardiente y vaporoso: revelaba un algo ajeno a la naturaleza humana, un algo inferior y superior a la mujer tal como Dios la hizo en su bondad infinita para que fuese nuestra compañera en este mundanal destierro. Desde el instante en que la vi, una congoja invadió mi alma, sumergiéndola por completo; y ante aquella fascinadora mujer comprendí que no podía interesarme ninguna otra.

“Pablo frunció ligeramente su entrecejo al verla entrar, pero se do-



minó y hasta hizo lo posible para sonreír.

—"Leila: te presento a mi mejor amigo.

nunca nos habíamos visto; pero el acento con que fueron pronunciadas me admiró más aún. Si razonara el cristal, así hablaría.



"Leila respondió:

—"Ya conozco al señor Ary.

"Aquellas palabras me sorprendieron, porque yo estaba seguro de que

—"Mi amigo Ary—añadió Pablo—se casará pronto, y voy a ser testigo de su boda.

"En las doradas pupilas de Leila,



después de aquellas palabras de su esposo, leí claramente su resolución: *Ary no se casará.*

"Fuíme preocupado y sin que mi amigo demostrara el menor deseo de retenerme. Pasé todo el día como un vagabundo por las calles, en un ir y venir sin objeto, con el corazón dolorido y anhelante. Luego, deteniéndome por casualidad junto a un puesto de flores, recordé a mi prometida y le compré un ramo de lilas blancas. Apenas había cogido yo aquel ramo cuando una manecita muy suave me lo quitó, y vi a Leila, sonriente, que se alejaba con la presa. Vestía una falda gris, un gabán del mismo color y un sombrero redondo. Aquel traje de parisiense no armonizaba (y lo advertí de pronto, a pesar de mi entusiasmo ardoroso) con la maravillosa hermosura de aquella mujer; se le despegaba como un improvisado disfraz. Pero, a pesar de todo, al verla sentí que un amor inextinguible me hacía su esclavo. Quise alcanzarla, y no lo conseguí; desapareció entre los transeúntes y los coches.

"Desde aquel día me fué imposible vivir tranquilo. Visité a Pablo muchas veces y no tuve la fortuna de tropezar con mi adorada ni una sola. Mi amigo me recibía muy afectuosamente; y nunca me hablaba de Leila. No teníamos asunto de conversación, y yo me retiraba macilento. Al fin, un día me dijo el criado: "El señor ha salido"... Y añadió: "¿Desea el señor ver a la señora?" Contesté un sí... ¡Ay, padre mío! ¿Qué lágrimas de sangre bastarían para borrar aquella sencilla palabra? Recibíome Leila recostada en un diván del salón, envuelta en una bata como de oro, cuyo borde la cubría los pies. La vi... Me deslumbró, dejome ciego. Mi garganta estaba seca; no pude hablar. Un vaho de mirra y aromas ardientes me embriagó; languidecí, presa de invencible deseo como si todos los perfumes del Oriente hubiesen penetrado

a la vez en mi olfato ansioso. No, no era como las otras mujeres, pues nada humano se advertía en su hermosura; su rostro no expresaba ningún sentimiento bueno ni malo; solamente fluía de su reposo una voluptuosidad penetrante, a la vez lasciva y candorosa.

"Debió advertir mi turbación, y con un timbre de voz más cristalino que los rumores de los arroyuelos entre los árboles, me dijo:

—"¿Qué le sucede?"

"Arrojándome a sus pies, entre sollozos:

—"¡La quiero con locura!...—grité.

"Abrió los brazos, entregóme por completo en una mirada toda la luz de sus ojos de abrasadora pureza, y cantó:

—"¿Por qué no me lo dijo antes?"

¡Momento feliz! Estreché apasionadamente a Leila y me pareció que, unidos así, nos remontábamos hasta el cielo, y era todo el cielo para nosotros. Sintíendome igual a Dios, creía oprimir entre mis brazos toda la belleza del mundo, todas las armonías de la naturaleza, las estrellas, las flores, los bosques, los ríos y los mares profundos. Había encerrado el infinito en un beso...

Al oír aquellas palabras el sacerdote, que ya venía escuchando mis confesiones con visible impaciencia, se puso en pie junto a la chimenea y, después de levantar la sotana por encima de las rodillas para calentarse las piernas, me dijo, con una severidad, rayana casi en desprecio:

—Eres un miserable blasfemador, y lejos de aborrecer tus crímenes te deleitas al confesarlos, y acaricias con su recuerdo tu orgullo. No quiero saber más.

Entonces mis ojos se inundaron de llanto y humildemente le pedí que me perdonara. Seguro de mi arrepentimiento autorizome para continuar mi confesión, y me aleccionó para que



las memorias lascivas me inspirasen odio y no deleite.

Reanudé mi relato esforzándome por abreviarlo todo lo posible:

—Padre mío: me separé de Leila desgarrado por el remordimiento. Pero al día siguiente se presentó ella en mi casa, y sus continuadas visitas complicaron mi existencia en un abrumador laberinto de goces y torturas. Tuve celos de Pablo; le odiaba en lugar de compadecerle, después de traicionarle; y sufrí mucho. No existe, sin duda, una dolencia más envilecedora que los celos, ni que ciegue las almas con tan odiosas imágenes. Leila no se dignaba mentir para consolarme. Además, su conducta era inconcebible. Como tengo presente que hablo a un venerable sacerdote, no molestaré su atención con observaciones repugnantes; pero es forzoso decir que Leila parecía mantenerse en absoluto indiferente al amor que me inspiraba. Sus encantos habían infundido en mí ser todos los venenos de la voluptuosidad. Yo no sabía prescindir de su amor y me aterraba la idea de perderlo. Leila carecía en absoluto de lo que se llama sentido moral; y sin embargo no se mostraba nunca perversa, ni cruel; al contrario: era dulce y compasiva. Tampoco dejaba de ser inteligente, pero su inteligencia era muy distinta de la nuestra. Hablaba poco, negándose a contestar a cuantas preguntas se la dirigían acerca de su pasado. Ignoraba cuanto sabemos nosotros, y en cambio sabía muchas cosas que nosotros ignoramos. Educada en Oriente, conocía toda clase de leyendas indias y persas, y las recitaba con monótona cantinela y con gracia infinita. En sus narraciones del florido albor de mundo, se ofrecía como una contemporánea de la juventud del Universo. Una vez se lo hice notar y me respondió sonriente:

—Soy vieja; es indudable; soy vieja.

El señor Safrac, de pie, junto a la chimenea, inclinábase de cuando en cuando hacia mí, en actitudes reveladoras de un vivo interés.

—Continúa—me dijo.

—Varias veces, padre mío, interrogué a Leila, pidiéndole noticias de su religión. Respondióme que ni la tenía ni la necesitaba; que su madre y sus hermanas eran hijas de Dios, y por consiguiente no estaban ligadas a Él por ningún culto. Llevaba pendiente del cuello un medallón que guardaba un poco de arcilla. Según me dijo, la recogió piadosamente por amor a su madre.

Apenas hubé pronunciado estas palabras, cuando el señor Safrac, pálido y tembloroso, agarrándome un brazo me gritó al oído:

—¡Y decía la verdad! Ya sé, ya sé ahora quién es aquella criatura. Ary: tu instinto no te había engañado; no era una mujer... Sigue, acaba, ¡te lo ruego!

—Padre mío, casi he terminado ya. Por el amor a Leila falté a mi palabra comprometida en solemnes esponsales, traicioné a mi mejor amigo y ofendí a Dios. Al conocer Pablo la infidelidad de Leila volvióse loco, atormentado por sus dolores. A sus amenazas de muerte respondió Leila, sin perder su habitual dulzura: "Intentalo si te place; me agradaría morir y no lo consigo." Durante seis meses ha sido mi querida. Una mañana me anunció su regreso a Persia diciéndome que jamás volveríamos a vernos. Lloré, grité: "¡Ni me quieres ni me has querido!" Y ella me respondió suavemente: "No lo niego; pero ninguna mujer, ni la que imaginaste más apasionada, te dió el goce que yo te di. Si eres justo, me lo agradecerás. Adiós". Luché dos días entre la ira y la estupidez. Luego, preocupado por la salvación de mi alma, resolvíme a venir, padre mío. Sólo usted puede remediarle. Su virtud y su ciencia me salvarán. Enderece, purifique, fort-



lezca mi corazón. ¡La quiero todavía!

Callé, sollozando. El señor Safrac apoyaba en el puño la sien, absorto y pensativo. Al fin sus palabras terminaron aquel silencio angustioso.

—Hijo mío, tu historia confirma en absoluto mis investigaciones, y es bastante para confundir la soberbia del moderno escepticismo. Vivimos ahora entre prodigios, como los primeros hombres que habitaron la tierra. Oye-me atento. Adán tuvo, como ya te dije, una primera mujer de la cual no habla la Biblia, pero a la que hace referencia el Talmud. Llamábase Lilith. Formada, no de una costilla del hombre, sino del mismo barro que sirvió para formar al hombre, no era carne de su carne. Separóse voluntariamente de Adán, el cual vivía sumido en la inocencia cuando ella le abandonó para ir a esas regiones que los persas poblaron muchísimos años después, y que habitaban entonces los preadamitas, más inteligentes y más hermosos que los hombres.

"Comprenderás, por lo que te voy diciendo, que Lilith no tuvo participación alguna en la falta de nuestro primer padre, y no fué mancillada con el pecado original. Por esto vióse libre de la maldición lanzada contra Eva y su descendencia, y ni los dolores ni la muerte la combaten. Como no tiene que redimir un alma, es incapaz de virtudes y de pecado. Sus actos no conducen al mal ni al bien. Sus hijas, engendradas en un himeneo misterioso, también son inmortales como ella, y como ella libres en sus actos y en sus pensamientos, puesto que no pueden merecer ni desmerecer delante de Dios.

"Hijo mío: por deducciones ciertas reconozco en la criatura que te indujo a pecar, una hija de Lilith. Reza

mucho esta noche, y mañana podré confesarte y absolverte."

Quedóse meditabundo un instante; luego sacó del bolsillo un papel, y prosiguió:

—Anoche, después de separarnos, vino el cartero, que se había detenido no sé dónde por la nevada, y me trajo una carta desconsoladora. En ella me comunica el primer vicario que mi libro ha contristado a Su Ilustrísima, que ha oscurecido en su alma los goces del Carmelo. "Su libro, añade, reúne una porción de proposiciones temerarias y no pocos juicios ya condenados por los doctores de la Iglesia. Su Ilustrísima no puede aprobar estudios de índole tan inconveniente." La historia que acabas de referirme corrobora mi acierto. Lilith no es una soñación, puesto que Leila vive. Se lo comunicaré a Su Ilustrísima para convencerle.

Pedí al buen sacerdote que me oyera un momento aún:

—Leila, padre mío, me ha dejado al marcharse una corteza de ciprés, en la cual aparecen, grabados con punzón, signos indescifrables para mí. Conservo esa especie de amuleto y lo traigo. Véalo.

El señor Safrac tomó de mis manos la frágil corteza que yo le ofrecía, y después de examinarla atentamente, opinó:

—Esto está escrito en idioma persa del florecimiento, y se traduce así:

#### ORACIÓN DE LEILA, HIJA DE LILITH

*¡Dios mío! Concededme la sombra mortal para que logre conocer la luz de la vida. Concededme remordimientos para que halle goces. ¡Dios mío, igualadme a las hijas de Eva!*



## LA SEÑORITA ROXANA

Mi bondadoso maestro el señor abate Jerónimo Coignard me había llevado a cenar con uno de sus antiguos condiscípulos que habitaba una buhardilla de la calle Git-le-Coeur. Nuestro huésped, canónigo de muchas letras y buena teología, estuvo en pugna con el prior de su convento por haber publicado un librito en el que se narraban las desventuras de la señorita Fanchón; por lo cual llegó a ser cafetero en El Haya. De regreso en Francia vivía estrechamente con el producto de los sermones que preparaba con mucha doctrina y elocuencia. Después de cenar nos leyó las desventuras de la señorita Fanchón, causa de sus propias desventuras, y estuvimos oyéndole hasta hora muy avanzada. Encontréme en la calle con mi bondadoso maestro en una noche de verano maravillosamente suave, que me hizo sentir de pronto la verdad de las fábulas antiguas referentes a las complacencias de Diana y me hizo comprender que es natural invertir en el amor aquellas horas plateadas y silenciosas. Comunicué mis pensamientos al abate Coignard y éste objetó que el amor es causa de enormes desdichas.

—Dalevuelta, hijo mío—me dijo—. No acabáis de oír en boca de ese ilustre canónigo que por haber amado a un sargento reclutador, a un dependiente del mercero Gaulot y al hijo del magistrado Leblanc, la señorita

Fanchón fué recluida? ¿Quisiérais obrar como aquel sargento, como aquel dependiente o como el hijo del magistrado?

Le respondí que me agradaría hacer lo que hicieron ellos; y entonces mi bondadoso maestro agradeciéndome la sinceridad con que le hablaba y me recitó algunos versos de Lucrecio para persuadirme de que el amor es contrario a la tranquilidad de un alma verdaderamente filosófica.

Entretenidos en nuestra conversación habíamos llegado hasta la mitad del Puente Nuevo. Apoyados en el parapeto mirábamos la pesada torre del Chatelet, negra bajo la luna.

—Hay mucho que decir—suspiró mi bondadoso maestro—acerca de la justicia de las naciones cultas, cuyas venganzas son más crueles que el propio crimen. Yo no creo que las torturas y las penas que se infligen unos hombres a otros sean necesarias para la conservación de los Estados, puesto que de tiempo en tiempo se renuncia a cualquiera de esas crueldades legales sin perjuicio para la República; y discurro que las severidades conservadas no son más útiles que las abolidas; pero lo cierto es la crueldad de los hombres. Venid, Dalevuelta, hijo mío; me apesara imaginar que tras esos muros velan muchos desdichados sumidos en la angustia y en la desesperación. La idea de sus faltas no





me impide que los compadezca. ¿Quién es el justo?

Proseguimos nuestro paseo. El puente estaba solitario; sólo un mendigo y una mendiga transitaban por él. Se acurrucaron en el quicio de un ten-

derete. Uno y otro parecían satisfechos de mezclar sus miserias; y cuando pasamos cerca de ellos pensaban en algo muy distinto de implorar nuestra caridad. Sin embargo, mi bondadoso maestro, que era el más compasivo de



los hombres, les arrojó una moneda de cobre, la única que llevaba en el bolsillo de sus calzones...

—Recogerán mi óbolo cuando cobren el sentimiento de su abandono; ojalá que entonces no disputen muy violentamente por esa moneda.

Seguimos avanzando sin encontrar a nadie más, hasta que en el muelle de los Pajareros vimos a una señorita que andaba con mucha resolución. Apresuramos el paso para observarla de más cerca, y advertimos que tenía un hermoso talle y cabellos rubios en los cuales resplandecían, al quebrarse, los rayos de la luna, iba ataviada como una burguesa de la ciudad.

—Ahí tenéis una bonita muchacha —dijo mi bondadoso maestro—. ¿Por qué se hallará sola en la calle a estas horas?

—En efecto—dije—, no son ordinarios tales encuentros en los puentes después del toque de queda.

Nuestra sorpresa trocóse en viva inquietud cuando la vimos bajar al río por una escalerilla frecuentada por los marineros. La seguimos de cerca, pero no advirtió nuestra proximidad; se detuvo junto a la corriente, cuyo rumor se oía desde lejos. Permaneció un instante inmóvil, con la cabeza erguida y los brazos caídos en actitud desesperada; después inclinó su gracioso cuello y se cubrió la cara con las manos; estuvo así algunos segundos y luego, bruscamente, se recogió la falda con el gesto habitual de una mujer que va a saltar. Mi bondadoso maestro y yo la detuvimos en aquel momento de funesta decisión y la obligamos a retroceder. Ella se resistía y forcejeaba; como la ribera estaba barrosa y resbaladiza, porque el río empezaba a decrecer, el abate Coignard vióse en peligro de ser arrastrado por la muchacha. También yo resbalé; pero la fortuna me depará una raíz donde mis pies se apoyaron mientras mis manos sujetaban al mejor de los maestros y a la moza desesperada. Al fin,

rendida y desalentada, la infeliz se dejó caer sobre el pecho del señor abate Coignard, y los tres pudimos alejarnos del río. Mi maestro la sostenía con delicadeza, con su gracia habitual que nunca le abandonaba, y la condujo hasta un banco de madera al pie de un haya copuda. La sentó y sentóse a su lado.

—Señorita — le dijo—, no temáis nada; no digáis nada todavía, pero pensad que un amigo está junto a vos.

Luego volvióse hacia mí:

—Dalevuelta, hijo mío: debemos alegrarnos del buen término que tuvo esta singular aventura; pero yo he dejado a la orilla del agua mi sombrero que, viejo y raído, aún defiende contra el sol y contra la lluvia mi cabeza fatigada por los años y por los estudios. Vete, hijo mío, a ver si lo encuentras, y mira también si encuentras una hebilla de mi zapato que se me debe haber caído en el mismo lugar. Entretanto, yo me quedaré con esta señorita para tranquilizarla.

Corrí al sitio donde habíamos estado y encontré pronto el sombrero del abate Coignard, pero la hebilla no me fué posible encontrarla; es verdad que no puse mucho empeño, pues, desde que le conocí, el abate Coignard sólo llevaba hebilla en un zapato. De regreso al banco encontré a la muchacha en el estado en que se quedó al irme, sentada, inmóvil, con la cabeza apoyada en el tronco del haya; y advertí que era sumamente hermosa. Llevaba un manto de seda guarnecido de encaje y en muy buen estado; calzaba sus pies con escarpines, cuyas hebillas brillaban al reflejar los rayos de la luna. Yo no me cansaba de contemplarla. De pronto se reanimaron sus ojos, fijó en el abate Coignard y en mí su mirada, y dijo con voz desfallecida, pero en un tono que revelaba cierta distinción:

—Estimo, caballeros, el humanitario sentimiento que demostrásteis al acer-



caros; pero no puede satisfacerme vuestro acto, porque la vida que me salvásteis es un mal odioso y un cruel suplicio para mí.

Al oír aquellas palabras mi bondadoso maestro, en cuyo rostro se reflejaba la compasión, sonrió suavemente, porque no podía imaginar que la vida fuese odiosa para un mujer tan joven y tan bonita.

—Hija mía—le dijo—, las cosas nos producen distinta impresión, según estén próximas o lejanas. Ya no debéis desconsolaros. Siendo como soy, y en el estado a que las injurias del tiempo me han reducido, soporto la vida sin más goces que traducir del griego y comer algunas veces con muy buenas personas. Miradme, señorita, y decidme si os agradaría mucho vivir en la misma condición que yo.

Ella le miró; sus ojos casi se alegraron, y movió la cabeza. Después, de nuevo hundida en su abatimiento y desolación, dijo:

—No hay en el mundo una criatura tan desdichada como yo.

—Señorita—repuso mi bondadoso maestro—, soy discreto por mi estado y por mi carácter; no temáis que os pregunte nada; pero adivino en vuestro rostro que sufrís una pena de amor, y os aseguro que de este mal es posible librarse, porque también yo lo he sentido, hace ya mucho tiempo.

La cogió una mano, la dió mil pruebas de simpatía, y prosiguió de este modo:

—Lamento nada más carecer de un albergue digno de vos para que pasarais la noche. Yo me recojo en un viejo castillo muy lejano, donde traduzco un libro griego con ayuda de este joven Dalevuelta que me acompaña.

En efecto, entonces vivíamos con el señor de Astarac en el castillo de Sablons, en el pueblecito de Neuilly, y trabajábamos para aquel buen señor, que murió luego de una manera trágica.

—Si conociérais, señorita—añadió mi bondadoso maestro—, algún lugar donde pudiéseis refugiaros, yo os acompañaría con mucho gusto.

A lo cual la muchacha respondió que agradecía tanta bondad, y que se hospedaba en casa de una parienta, donde estaba segura de poder entrar a cualquier hora, pero que había resuelto no ir hasta que fuese de día, para no turbar el sueño de aquellas gentes, y para que no se recrudeciese de pronto su dolor ante la vista de los objetos que le eran familiares.

Mi bondadoso maestro le dijo:

—Señorita, dadme si os place vuestro pañuelo y enjugaré vuestros ojos. Mientras esperamos a que salga el sol nos guareceremos en los soportales de los Mercados, donde no os dañará el relente.

La muchacha sonrió sin dejar de llorar, y dijo:

—No quiero causaros tantas molestias; seguid vuestro camino, caballero, y estad seguro de que me dejáis muy agradecida.

Sin embargo, se apoyó en el brazo que le ofrecía mi buen maestro y los tres nos dirigimos hacia los Mercados. La noche había refrescado bastante; en el cielo, que ya empezaba a tomar un tono lechoso, las estrellas palidecían por momentos. Los primeros carros de los hortelanos iban hacia los Mercados, lentamente, con el caballo casi dormido. Al llegar a los soportales nos acomodamos los tres bajo un pórtico, sobre un escalón de piedra que el abate Coignard tuvo cuidado de cubrir con su capa antes de decirle a la señorita que se sentase.

Allí mi bondadoso maestro varió su conversación con asuntos agradables y alegres para evitar en lo posible las funestas imaginaciones que asaltarían sin duda el alma de nuestra compañera. La dijo que consideraba aquel encuentro como el más precioso que pudo tener, y que guardaría una grata memoria de tan interesante criatura,



sin preguntarle su nombre ni los sucesos de su vida.

Mi bondadoso maestro imaginaba tal vez que nuestra compañera se lo diría todo sin que se lo preguntara. Ella volvió a llorar y entre suspiros dijo:

—No es posible que pague vuestra bondad con mi silencio; no temo confiarme a vos. Me llamo Sofía T\*\*\*. Como vos lo adivinasteis, la traición de un hombre a quien amaba fué la causa de mis desdichas. Si juzgáis este dolor mío desmesurado, es porque desconocéis a qué punto llegaron mi confianza y mi ceguera, porque ignoráis el sueño encantador en que yo vivía.

Después alzó sus hermosos ojos para fijarlos en el abate Coignard y en mí, y prosiguió de esta manera:

—Yo no soy, caballero, lo que de este encuentro nocturno pudiérais deducir. Soy hija de un comerciante que se fué a América por sus negocios y al regreso pereció en un naufragio, con todas sus mercancías. Impresionó de tal modo a mi madre aquella desgracia, que murió del disgusto y quedé bajo el amparo de una tía, la cual procuró educarme. Siempre fui prudente, hasta que tropecé con el hombre cuyo amor debía causarme goces infinitos y hundirme en la desesperación en que me veis ahora sumergida.

Después de hablar así, Sofía se cubrió los ojos con el pañuelo, y prosiguió entre suspiros:

—Su condición social era tan alta, que sólo pude aspirar a llamarme suya en secreto. Yo me complacía en suponerle fiel, y era crédula cuando él me hablaba de su amor. Mi tía enteróse de nuestras relaciones y no las contrarió, porque el cariño que me tenía debilitaba su voluntad, y porque la condición elevada de mi amante la impuso respeto. Viví un año tan venturosamente, que mi pasada ventura sólo es comparable por su inmensidad

a la miseria en que hoy me veo. Esta mañana fué mi amante a casa de mi tía, donde yo habito. Me abrumaban tristes presentimientos; al peinar me había roto un espejo que él me regaló. Su presencia aumentó mi inquietud por la contrariedad que advertí desde luego en su rostro... ¡Ah, caballeros! ¿Habrà una suerte semejante a la mía?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y entre llantos y suspiros acabó su relato, que mi bondadoso maestro juzgaba enternecedor, aunque no tan singular como ella creía.

—Auncióme friamente, pero no sin zozobra, que se incorporaba al ejército como capitán de una compañía que su padre había comprado; y antes de partir, por exigencias de familia, debía desposarse con la hija de un intendente, cuya alianza era útil a su fortuna puesto que le procuraría bastantes bienes para mantener su rango y para lucir en el mundo. El muy traidor, sin reparar en mi palidez, añadió con la misma voz tan suave que me hizo mil juramentos amorosos, que sus nuevos compromisos no le permitirían verme por lo menos durante algún tiempo. Me dijo aún que me quería, y me rogaba que admitiese una cantidad de dinero en memoria del tiempo que habíamos pasado juntos.

"Me ofreció una bolsa.

"No faltó a la verdad al decirlo que yo no quise jamás oír los ofrecimientos que me hizo muchas veces de ropas, vestidos, muebles, vajilla, un ajuar completo, y sacarme de casa de mi tía, donde vivo con alguna estrechez, para tenerme en un hotelito muy agradable que poseía en el Roule. Siempre creí que sólo debían unirnos los lazos del sentimiento, y me enorgullecía no haber admitido de él más que algunas pequeñas joyas. Por esto aquella bolsa de oro que me tendía me produjo indignación y me dió fuerzas para arrojar de mi casa al impos-



tor que de pronto se daba a conocer y merecía mi desprecio. Con arrogante desenholtura me dijo que yo ignoraba las obligaciones que impone su rango a un hombre de calidad, y añadió que más adelante yo juzgaría tranquilamente y con más acierto su proceder. Mientras guardaba la bolsa en su bolsillo me repitió que tendría medios para enviarme aquel dinero sin que me fuera posible rechazarlo; y seguro de que este propósito intolerable para mí le relevaba de otras obligaciones conmigo, retiróse sin añadir palabra. Ya sola, me sorprendió sentirme completamente tranquila; pero aquella tranquilidad la originaba mi resolución de quitarme la vida. Me vestí con esmero, escribí una carta a mi tía pidiéndole que me perdonase el disgusto que le causaría mi muerte, y salí de casa. Toda la tarde y parte de la noche anduve por la ciudad, atravesé calles muy animadas y otras desiertas, sin sentir fatiga, retrasando la ejecución de mi propósito para asegurarlo en la obscuridad y en la soledad. Acaso también, con una especie de inquietud, me complacía en acariciar la idea de morir y en saborear el triste goce de mi liberación. A las dos de la mañana bajé a la orilla del río. Caballeros, ya sabéis lo demás, puesto que me librásteis de la muerte. Agradezco vuestra nobleza, pero no puedo alegrarme de lo que hicisteis. Las jóvenes abandonadas corren por el mundo perdidas; ¡quisiera que no hubiese una más!

Después de hablar así, Sofía lloraba en silencio.

Mi bondadoso maestro le cogió una mano con infinita delicadeza.

—Hija mía—le dijo—, oí con ternura y con interés el relato de vuestra historia, que desde luego me parece triste; pero imagino que vuestro mal tiene remedio. Como vuestro amante no merecía los favores de que le hicisteis objeto, y como se ha mostrado con vos ligero, egoísta y brusco, supongo que vuestro amor por él sólo

era una inclinación natural de vuestra alma sensible. El objeto a quien lo consagrábais importa poco; lo importante del caso en ese amor es que provenía de vos misma; y nada se ha perdido, puesto que la fuente se conserva. Vuestros ojos, que daban color y relieve a una figura vulgar, no dejarán de cubrir otros objetos con sus ilusiones encantadoras.

Mi bondadoso maestro hablaba y fluían de sus labios las más hermosas frases del mundo acerca de la turbación de los sentidos y de los errores de los amantes; pero mientras hablaba, Sofía, que después de mucho llorar había inclinado su preciosa cabeza sobre el pecho del mejor de los hombres, se adormeció suavemente. Cuando el señor abate Coignard advirtió que la delicada señorita se había rendido al sueño, felicitóse de tener un lenguaje propio y elocuente para comunicar a un alma dolorida el descanso y la paz.

—Hay que convenir—dijo—en que mis discursos tienen una propiedad bienhechora.

Tomó infinitas precauciones para no turbar el sueño de la señorita Sofía, y siguió hablando, con el razonable temor de que el silencio la despertara.

—Dalevuelta, hijo mío—me decía—, todas sus miserias se desvanecieron al desvanecerse la conciencia que las mantuvo. Deducid, pues, que todas eran imaginarias y situadas en el pensamiento; deducid de igual modo que eran producidas por una especie de orgullo y de soberbia que acompaña al amor y le hace riguroso. Porque al fin, si amáramos con humildad olvidados de nosotros mismos, o si amáramos con la sencillez del corazón, nos daríamos por satisfechos con lo que nos conceden, y no nos creeríamos traicionados por el desprecio que nos hacen. Y si cuando nos abandonaran sintiéramos aún viva, dentro de nosotros, la fuente del amor, aguar-



dariamos tranquilamente a darle el empleo que a Dios pluguiera.

Alboreaba el día, y el canto de los

—Escuchémoslos. Hablan de su amor con más prudencia que los hombres.



pájaros era tan intenso que oscureció la voz del abate Coignard, quien me dijo:

Sofía despertó entre los albores de la mañana y pude admirar a la luz del día sus hermosos ojos, que el cansan-



cio y el dolor habían hundido en un cerco nacarado y obscuro. Me pareció que se reconciliaba con la vida. No se negó a tomar una taza de chocolate en la puerta de Mathurine, la hermosa chocolatera de los Mercados.

Pero a medida que la pobre señorita recobraba la reflexión, sentía ciertas dificultades que no la abrumaron hasta entonces.

—¿Qué dirá mi tía? ¿Qué le diré yo?

Aquella señora vivía frente a frente de San Eustaquio, a menos de cien pasos del establecimiento de Mathurine. Le llevamos a su sobrina, y el señor abate Coignard, de aspecto bastante venerable, a pesar de su zapato sin hebilla, inventó este cuento:

—Tuve la fortuna de encontrar a esta señorita en el momento preciso en que la acometían cuatro ladrones armados de pistolas, y llamé a la policía con una voz tan robusta que los ladrones, aterrados, huyeron por una callejuela, pero no con bastante rapidez para escapar a los polizontes que por casualidad habían acudido a mi llamamiento. Se apoderaron de los malhechores después de una lucha muy acalorada, en la que yo tomé parte y estuve a punto de perder mi sombrero; después de lo cual fuimos conducidos la señorita, los cuatro ladrones y yo, ante el comisario de policía, que nos trató con mucha deferencia y nos retuvo en su despacho para escribir nuestro testimonio.

La tía respondió secamente:

—Os agradezco mucho, caballero, que libráis a mi sobrina de un peligro que, a decir verdad, no es el más temible para una muchacha de sus años cuando se encuentra sola y de noche en una calle de París.

Mi bondadoso maestro no replicó, pero la señorita Sofía dijo emocionada:

—Yo puedo aseguráros que este señor abate me ha salvado la vida.

Algunos años después de aquella ex-

traña aventura mi bondadoso maestro fué indignamente asesinado en la carretera de Lyon, y tuve yo el inconcebible dolor de verle expirar entre mis brazos. Las circunstancias de aquella muerte no se relacionan con los asuntos de que aquí se trata; las he recordado porque no es posible que pueda olvidarlas nunca. Aquel viaje fué de varios modos infortunado para mí, puesto que además de privarme del mejor de los maestros me privó de una hermosa querida que me amaba. Es un engaño pensar que un corazón herido por cruel desventura se hace insensible a nuevas asechanzas de la suerte; al contrario, sufre por las menores desgracias. Yo regresé a París en un horrible abatimiento.

Pero una noche fuí a la Comedia para distraerme viendo *Bajazet*, hermosa obra de Racine, y me agradaron singularmente la belleza encantadora y el talento original de la comedianta que representaba el papel de Roxana; sabía expresar, con una realidad encantadora, la pasión que debe sentir este personaje, y me conmovió profundamente cuando, en tono sencillo y terrible a la vez, decía:

*Oídme, Bajazet, yo comprendo que os amo.*

No me cansé de contemplarla mientras estaba en escena, ni de admirar la hermosura de sus ojos bajo una frente marmórea coronada por una cabellera empolvada y sembrada de perlas; su cuerpo delicado también me impresionó vivamente. Pude recrearme en la contemplación de tan adorable criatura, porque recitaba los más importantes pasajes de su papel frente al sitio donde yo tenía mi asiento. Cuanto más la miraba más me persuadía de haberla visto otra vez, sin que ninguna circunstancia me recordase nuestro primer encuentro. Mi vecino, que frecuentaba mucho la Comedia, me advirtió que aquella deliciosa comedianta era la señorita B\*\*\*, el ídolo del público; añadió que agra-



daba tanto en la ciudad como en el teatro, y que el señor duque de C\*\*\* la puso en moda hasta el punto de que pronto su fama eclipsaría la de la señorita Lecouvreur.

Abandonaba yo mi asiento, cuando una doncella me presentó un billeteito, donde leí estas palabras escritas con lápiz:

*"La señorita Roxana le espera en su carroza a la puerta de la Comedia."*

No acertaba a creer que aquel billeteito fuese para mí, y le pregunté a la doncella que me lo había entregado si estaba segura de su destino.

—Para que yo me equivocara—respondió la doncella—sería necesario que no os llamaseis el señor Dalevuelta.

Corrí hacia la carroza, estacionada delante de la Comedia, y reconocí a la señorita B\*\*\* bajo un capuchón de raso negro.

Invítome a entrar, y cuando estuve a su lado me dijo:

—¿No recordáis a Sofía, librada por vos de la muerte a la orilla del Sena?

—¡Cómo! ¡Sofía! ¡Roxana! ¡La señorita B\*\*\*! Pero ¿es posible?

Mi turbación era mucha, y comprendí que no le desagradaba.

—Os he visto entre el público, y al reconocer he representado sólo para

vos. Por esto me ha salido tan bien. ¡Estoy contenta de volver a veros!

Me preguntó por el señor abate Coignard, y cuando le dije que mi bondadoso maestro acababa de morir trágicamente, los ojos de Sofía se cubrieron de lágrimas.

Después me instruyó en los principales sucesos de su vida.

—Mi tía—me dijo—arreglaba los encajes de la señora de Saint-Remi, que es una excelente comedianta. Poco tiempo después de aquella noche en que acudisteis a salvarme, iba yo a casa de la señora de Saint-Remi para recoger unos encajes. Aquella señora me dijo que yo tenía una figura interesante; me pidió que la leyera unos versos, y juzgó que no me faltaba inteligencia. Quiso que me dieran lecciones. Debuté en la Comedia el año pasado. Expresé los apasionamientos que había sentido, y al público le agradó. El señor duque de C\*\*\* me trata con mucha galantería, y supongo que nunca me dará ningún disgusto, porque aprendí a no pedir a los hombres más de lo que buenamente pueden darnos. En este momento me espera. Voy a cenar con él.

Y como leíó en mis ojos la contrariedad que me producían sus palabras, añadió:

—Pero ya he dicho al cochero que vaya por el camino más largo, y que no llevo prisa.



## EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Jesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: lo voglio...

(*Le lettere di S. Caterina da Siena* VCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena estaba como el enfermo que busca inútilmente una postura cómoda en su lecho, y revolviéndose imagina que logrará burlar su dolor.

Había cambiado varias veces el gobierno de la República, que pasaba de los cónsules a las asambleas de burgueses, y que después de ser confiado a los nobles, fué ejercido por los cambiantes, los boticarios, los peleteros, los mercaderes de seda y toda clase de gentes consagradas a las artes superiores. Como la burguesía se mostró codiciosa y débil, el pueblo arrojóla del poder y se lo entregó a los humildes artesanos. En el año 1368 de la gloriosa Encarnación del Hijo de Dios, el gobierno se compuso de catorce magistrados elegidos entre los sombrereros, los carniceros, los cerrajeros, los cordeleros y los albañiles, que formaron un Consejo Supremo llamado "El Monte de los Reformadores". Eran plebeyos rudos como la loba de bronce, emblema de su ciudad, a la que amaban con amor filial y terrible; pero el pueblo que los puso a la cabeza de la República había dejado subsistir a Los Doce que pertenecían a la clase de los banqueros y de los

comerciantes ricos, los cuales conspiraban con los nobles, instigados por el Emperador para vender la ciudad al Papa.

El César alemán era el alma de la conspiración, y prometía enviar un ejército para conseguir el triunfo. Le interesaba mucho que aquel asunto se resolviese pronto porque podría recobrar, con el precio de la venta, la corona de Carlo Magno empeñada por 1.620 florines en los bancos florentinos.

Entretanto los del Monte de los Reformadores, que formaban el gobierno, sostenían con firmeza la vara del mando, y se preocupaban por la salud de la República. Estos artesanos, magistrados de un pueblo libre, cuando el Emperador entró en su ciudad le negaron el pan, el agua, la sal y el fuego; arrojáronle de allí dolorido y tembloroso, y condenaron a los conspiradores a la pena de muerte. Guardianes de la ciudad fundada por el antiguo Remus, imitaban el carácter severo del primer cónsul de Roma; pero su ciudad, vestida de oro y de seda, resbalaba entre sus manos como una cortesana lasciva y pérfida. La inquietud los hizo implacables.



En el año 1370 averiguaron que un caballero de Perusa, ser Nicolás Tuldo, había sido enviado por el Papa para convencer a los sieneses de que debían entregar la ciudad al Santo Padre, de acuerdo con el César.

Este ser Tuldo se hallaba en lo más florido de la juventud y de la belleza y había practicado entre las damas el arte de agradar y de seducir, que ejercitaba en los palacios de los Salembeni o en las tiendas de los cambiantes; y a pesar de tener el espíritu ligero y la inteligencia huera, sabía ganar para la causa del Papa a muchos burgueses y algunos artesanos. Conocedores de sus intrigas los magistrados del Monte de los Reformadores, le citaron ante su Serenísimo Consejo, y después de interrogarle bajo el estandarte de la República donde se ve un león rampante, le declararon convicto de atentado contra la ciudad libre.

Sólo había contestado con una sonrisa desdeñosa a los zapateros y a los carniceros que le interrogaban, pero al oír pronunciar su sentencia de muerte cayó en un profundo estupor, y lo volvieron como aletargado a la cárcel. Ya solo en su calabozo, y repuesto de la sorpresa, lamentó perder la vida con todos los ardores de una sangre juvenil y de un alma impetuosa. Las imágenes de sus goces: las armas, los caballos, las mujeres, ofrecíanse a sus ojos; y al pensar que ya nunca las disfrutaría, era su desesperación tan furiosa que con sus puños y su cabeza golpeaba las paredes del calabozo, y lanzaba tales rugidos que se oían alrededor, hasta en las casas de los burgueses y en las barracas de los pañeros. El carcelero que acudió a sus gritos hallólo cubierto de espumarajos y de sangre.

Ser Nicolás Tuldo no dejó de rugir furiosamente durante tres días y tres noches.

Se dió noticia del caso a los del Monte de los Reformadores. Aquellos

magistrados de la Serenísima ciudad, cuando hubieron despachado los asuntos más urgentes examinaron el caso del infeliz condenado.

León Rancati, de oficio ladrillero, dijo:

—Ese hombre debe pagar con su cabeza el crimen que ha cometido contra la República de Siena, y nadie puede librarle sin usurpar los derechos sagrados de la ciudad, nuestra señora. Es preciso que muera: pero su alma es de Dios que la creó, y no conviene que por nuestra culpa muera en la desesperación y en el pecado. Aseguremos, pues, su salvación eterna por todos los medios que se hallen a nuestro alcance.

Matías Renzano, panadero, y hombre de reconocida prudencia, se levantó y dijo:

—Tienes mucha razón en lo que dices, Rancati, por lo cual juzgo conveniente que la hija del batanero, Catalina, visite al condenado.

Este propósito fué aprobado por todo el gobierno, que resolvió invitar a Catalina para que visitara en la cárcel a Nicolás Tuldo.

Por aquel tiempo, Catalina, la hija de Giocomo el batanero, perfumaba con sus virtudes la ciudad de Siena. Vivía recogida en una celda de casa de su padre y vestía el hábito de las Hermanas de la Penitencia; ceñía bajo su traje de lana blanca una cadena de hierro y se flagelaba durante una hora diaria; después, enseñando sus brazos cubiertos de llagas, decía: "Estas son mis rosas". Cultivaba en su celda violetas y azucenas, y con sus flores tejía guirnaldas para los altares de la Virgen y de los santos mientras cantaba himnos en lengua vulgar loando los nombres de Jesús y de María. Durante aquellos tristes años en que la ciudad de Siena fué la posada del dolor y la casa del goce, Catalina visitaba a los prisioneros y decía a las prostitutas: "Hermanas mías, yo quisiera poder ocultaros en



las llagas amorosas del Salvador". Una virgen tan pura, inflamada por tanta caridad, sólo pudo florecer en Siena, que bajo sus vergüenzas y entre sus crímenes fué siempre la ciudad de la Santísima Virgen.

Avisada por los magistrados, Catalina llegó a la cárcel pública muy de mañana; el día en que Nicolás Tuldo debía ser ejecutado. Hallóle tendido en el suelo del calabozo, blasfemando a voces. Ella se levantó el velo blanco, que el bienaventurado Dominico puso milagrosamente sobre su cabeza, y descubrió al preso un rostro de celestial hermosura. Tuldo la miró sorprendido, y ella se inclinó para limpiar los espumarajos que salían de aquella boca blasfema.

Entonces el condenado a muerte miróla con ojos feroces y le dijo:

—¡Vete!; yo te odio porque has nacido en Siena, la ciudad que me ha condenado. ¡Oh Siena, verdadera loba que hunde sus viles garras en el cuello de un noble de Perusa! ¡Oh loba, oh perra inmunda y salvaje!

Catalina le respondió:

—Hermano mío: ¿qué vale una ciudad y qué valen todas las ciudades de la tierra comparadas con la Ciudad de Dios y de los Angeles? Yo soy Catalina y vengo a invitarte a las bodas eternas.

La dulzura de aquella voz y la claridad de aquel rostro sumergieron de pronto en la paz y en la luz el alma de Nicolás Tuldo.

Recordó sus días de inocencia y lloró como un niño.

Se alzaba el sol sobre los Apeninos inundando el calabozo con sus primeros rayos. Catalina dijo entonces:

—¡Es el alba! Levántate para las bodas eternas, hermano mío; ¡levántate!

Y apoyándole cuando se puso en pie, le acompañó a la capilla, donde Fra Cattaneo le confesó.

Ser Nicolás Tuldo asistió devotamente a la santa misa y recibió en sus

labios la Hostia Consagrada. Luego, volviéndose hacia Catalina, le dijo:

Quédate a mi lado, porque si tú no me abandonas yo estaré tranquilo y moriré feliz.

Comenzaron a tocar las campanas que anunciaban la ejecución del reo.

Catalina respondió:

—Hermano mío: te aguardaré en el cadalso.

Entonces ser Nicolás Tuldo sonrió y dijo, como extasiado:

—La dulzura de mi corazón me aguardará en el santo lugar de la justicia.

Catalina meditó y oró diciendo:

—¡Dios mío! Seguramente habéis iluminado su alma, puesto que ya le parece santo el lugar de la justicia.

Ser Nicolás Tuldo añadió:

—Sí; yo iré sereno y alegre. Ya me impacienta la tardanza, como si tuviera que aguardar mil años hasta volver a encontrarte.

—¡A las bodas, a las bodas eternas!—repitió Catalina al salir del calabozo.

Servieron al preso un poco de pan y de vino; le dieron una capa negra; después fué conducido por las empinadas calles de la ciudad, al son de las trompetas, entre los guardias, y bajo el estandarte de la República. Las calles estaban invadidas por los curiosos, y las mujeres levantaban en sus brazos a los niños, para que vieran al que iba a morir.

Entretanto Nicolás Tuldo pensaba en Catalina, y sus labios, amargados durante mucho tiempo, entreabrianse con dulzura como para besar la imagen de la santa.

Después de subir la fatigosa calzada de ladrillo, el cortejo llegó a una de las alturas que dominan la ciudad y el condenado vió de pronto, con aquellos ojos que habían de cerrarse para siempre, los tejados, las cúpulas, los campanarios, las torres, y a lo lejos los muros que serpentean sobre las colinas. Aquel espectáculo recor-



dóle su ciudad natal, su risueña Perusa, rodeada de jardines, donde las aguas corrientes cantan entre las frutas y las flores; recordó la terraza que domina el valle del Trasimeno, donde la mirada bebe la luz con delicia.

Y el ansia de vivir desgarró de nuevo su corazón.

Entonces suspiró:

—¡ Mi ciudad! ¡ Mi casa paterna!

Después, la imagen de Catalina penetró en su alma y la llenó hasta desbordarse de alegría y de paz.





Por fin llegó el cortejo a la Plaza del Mercado, donde cada sábado los campesinos de Camiano y de Granyola venden limones, uvas, higos y manzanas doradas, entre pregones alegres y salpicados por frases obscenas. Allí se alzaba el cadalso. Ser Nicolás Tuldo vió a Catalina que oraba de hinojos con la cabeza apoyada en el tajo.

Subió los escalones con alegre impaciencia.

Cuando Catalina le vió, dirigióse hacia él con el ansia de una esposa que recibe a su esposo; quiso desnudarle con sus propias manos el cuello y colocar a su amigo sobre el tajo como sobre un lecho nupcial.

Luego se arrojó cerca; y cuando él hubo dicho tres veces con fervor: "¡Jesús! ¡Catalina!", el verdugo dejó caer su trinchante y la virgen recibió entre sus manos la cabeza cor-

tada. Entonce's le pareció que toda la sangre de la víctima se derramaba sobre ella, como una ola de leche tibia; un perfume delicioso exaltó su olfato; por sus ojos mortecinos cruzaron sombras angélicas. Extasiada y confusa cayó suavemente en un abismo de celestiales delicias.

Dos hermanas de la Orden Tercera de Santo Domingo, que se hallaban al pie del cadalso, al verla yacente y rígida se apresuraron a levantarla y a sostenerla. La santa, vuelta en sí de su desmayo, les dijo:

—¡He visto el cielo!

Y cuando una de aquellas mujeres se dispuso a lavar con una esponja la sangre derramada sobre las vestiduras de la virgen, Catalina la contruvo, diciéndole:

—Dejad sobre mí esa sangre; no me privéis de mi púrpura y de mis perfumes.

*Anatole France.*

---

En el próximo número se publicará la comedia en dos actos

## EL BUEN DEMONIO

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Ayuntamiento de Madrid





## PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

**PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brún.

27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pías frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURCIA, Selquer; ALICANTE, Aznar; SEVILLA, Espinar; SAN SEBASTIAN, Tornero; VIGO, Sádaba; SANTANDER, Sotorrio; MALLOCA, "Centro Farmacéutico"; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandirán. Mandando

650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Nuestra gratia para convencimiento del éxito. Desconfiad de las imitaciones.

## DOLOR REUMÁTICO

Nada como milagroso ACEITE DE BOMBAY, de fama mundial. 69 años de excelentes resultados.

¡OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pesetas frasco. Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítase contra pts. 6. Representante: Pousarxer. Apartado 481. Barcelona.

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

## ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Ca-:- taluña, frente al Paseo de :-: Gracia.

## Aceites y grasas

-:- lubricantes -:-

Insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos



SUCESORES DE

E. Steinfeldt

## OLEO-MOTOR



Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas



Calle del Prado, núm. 15  
Teléfono 984  
MADRID

DEBILIDAD, NEURASTENIA  
CONSUMCION, CLOROSIS  
CONVALENCIA

# ANEMIA

VINO  
Y JARABE  
Hémoglobine  
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne trada, á los ferruginosos, etc. De venta en todas las Farmacias.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD